

Teoría de la terapia en relación con un modelo del desarrollo del aparato psíquico *

Elizabeth R. Zetzel

(Cambridge, Mass. EE. UU.)**

El núcleo esencial del psicoanálisis clínico atañe al reavivamiento de los conflictos tempranos mediante la neurosis transferencial. Un movimiento hacia atrás, involucrando los deseos y recuerdos, constituye el prerequisite esencial para que ello ocurra. En breves palabras, la regresión debe preceder la nueva y mejor resolución del conflicto intrapsíquico, la que representa un objeto terapéutico primario. Se discutió con frecuencia en la literatura psicoanalítica la inevitabilidad de esta regresión. En mi trabajo "Current Concepts of Transference" (1956 b), por ejemplo, expuse con algún detalle opiniones discrepantes acerca de su significado, valor y manejo técnico. Por una parte, numerosos autores consideran esencial la necesidad de revivir y elaborar conflictos característicos de las primeras etapas del desarrollo. Por otra parte, existe un amplio acuerdo en que ciertas formas de regresión pueden representar determinantes mayores de un análisis interminable y/o infructuoso. Por lo tanto, la diferenciación entre distintos tipos y grados de regresión en la relación especial uno-a-uno integrante de la situación analítica, puede así encararse en el contexto del psicoanálisis como una psicología general del desarrollo.

Pocos son los que contribuyeron más a este aspecto del psicoanálisis que Heinz Hartmann. Su monografía *Ego Psychology and the Problem of*

* Un borrador preliminar de este trabajo fue presentado en el panel "Teoría del proceso terapéutico" en la reunión de la American Psychoanalytic Association, en diciembre de 1963. El modelo utilizado en este trabajo también fue presentado en el simposium sobre "Clasificación" en el 229 Congreso Psicoanalítico Internacional, en Edimburgo, en 1961.

** Traducido del *International Journal of Psycho-Analysis*, tomo 46, part 1, enero 1965, pp. 39-52.

Adaptation, si bien sólo llegó al público de habla inglesa en 1958, tuvo amplia influencia sobre la psicología psicoanalítica del yo, a partir de 1939. Sus posteriores contribuciones, recientemente reimprimadas en un solo volumen (*Essays in Ego Psychology*, 1964), ampliaron y enriquecieron el concepto de hipótesis adaptable, incluida actualmente por la mayoría de los teóricos como uno de nuestros supuestos metapsicológicos básicos. Además, esos trabajos revelan los esfuerzos de Hartmann para incluir en su exposición hallazgos relativos al desarrollo psíquico efectuados por otras personas y mediante métodos basados en otros marcos de referencia.

En un trabajo anterior, "Concept and Content in Psychoanalytic Theory" (1956 a), expuse la naturaleza y función del contenido psíquico inconsciente y su relación con los procesos psíquicos que incluye Hartmann en su definición de "conflictic sphere of the ego" (1939) (esfera del yo libre de conflictos). Mi trabajo estaba centrado principalmente en la comparación de las contribuciones de Hartmann, Kris, Loewenstein y Rapaport por una parte, y por la otra, aquellas de Melanie Klein y su escuela. Sin embargo, se plantearon problemas más generales con relación al impacto del creciente cuerpo de conocimiento relativo al papel de las relaciones de objeto tempranas en nuestros supuestos conceptuales. Citaré las siguientes palabras: puede que sea necesario... modificar nuestro marco conceptual a fin de tener totalmente en cuenta las necesidades de objeto del infante... puede efectivamente resultar que la verdad psicoanalítica no pueda expresarse adecuadamente en términos conceptuales abstractos basados en el aparato psíquico individual".

La conclusión era sin embargo que ". . . no hemos de ninguna manera agotado las posibilidades de la reformulación conceptual y ... el papel de las relaciones de objeto, en la temprana infancia, queda aún abierto a la discusión" (1956 a).

En su trabajo intitulado "The Technical Implications of Ego Psychology" (1951) sugería Hartman: ". . . si nos dejamos llevar por la curiosidad a mirar hacia el futuro, podríamos decir que el progreso técnico puede depender del estudio más sistemático de las distintas unidades funcionales dentro del yo". Aquí como en otras ocasiones, Hartmann indica la estrecha relación existente en su propia mente, entre el material clínico empírico y las hipótesis básicas del desarrollo. En el presente trabajo desearía explorar algo más las posibilidades de una reformulación conceptual, tratando de incluir en nuestra teoría del desa-

rollo individual algunas hipótesis específicas que atañen al rol de las relaciones de objeto tempranas en la iniciación de aspectos definitivos de la estructura y función del yo. La consideración del significado de la regresión en la situación analítica puede en este contexto representar un intento de considerar “las distintas unidades funcionales dentro del yo” desde un punto de vista del desarrollo.

Al discutir dos trabajos sobre “Symptom Formation and Character Formation” (1964), expresé lo siguiente con referencia a esta presentación:

Nuestra *hipótesis* acerca del desarrollo incluye por definición las potencialidades, tanto progresivas como regresivas, en todo momento. Esta formulación se aplica tanto al desarrollo de los instintos como al sistema estructurado del yo-superyo. Constituye un rasgo cardinal de la vida psíquica el hecho que toda exigencia importante de la maduración presente amenazas de regresión altamente significativas. No es por casualidad que Freud postuló la neurosis infantil como un fenómeno general del desarrollo... En este contexto los síntomas pueden representar un paso hacia atrás necesario, que precede a la *solución* del conflicto y a la progresiva formación del carácter. En contraste con ello, la consolidación de defensas primitivas o regresivas en la estructura del carácter postedípica representa un factor genético importante en la formación neurótica del carácter.

Tal como lo implica esta formulación, los rasgos regresivos que integran la situación analítica, como los rasgos regresivos que caracterizan todo cambio en la maduración, pueden definirse como potencialmente adaptables. No obstante, exactamente así como el desarrollo *psíquico* presenta riesgos regresivos, también los componentes regresivos que integran la transferencia neurótica presentan peligros debidamente reconocidos.

Se sugirió que el proceso psicoanalítico sea entonces considerado en relación con nuestra propia teoría del proceso del desarrollo. En este contexto, constituye una premisa mayor, que una diferenciación crucial quede establecida entre aquellos atributos del yo, que determinan la capacidad para una motivación sostenida hacia el logro progresivo de la maduración, y aquellas defensas del yo, a las que debe renunciarse sustancialmente en el curso del análisis de la transferencia.

Los principales supuestos que subyacen la discusión de la teoría de la

terapia pueden resumirse como sigue: la vivencia temprana y la calidad y estabilidad de las relaciones de objeto logradas, desempeñan un papel central en la determinación de identificaciones del yo tempranas. Estas identificaciones desempeñan un rol significativo en la determinación del marco dentro del cual el individuo alcanza el nivel de maduración en el que es potencialmente capaz de tolerar la frustración, la dilación y la separación. Entre este tempranísimo período y el surgimiento de la situación edípica, se coloca el período del desarrollo de los instintos del yo que inicia, en primer lugar, la capacidad de entrar en la situación edípica propiamente dicha y vivenciarla genuinamente; en segundo lugar, la naturaleza de la resolución intentada y/o lograda; en tercer lugar, la predisposición a distintos tipos de regresión en la vida adulta; en cuarto lugar (el de mayor importancia para esta discusión), la capacidad potencial para desarrollar, elaborar y resolver una neurosis transferencial analizable.

En su trabajo intitulado "Problems of Infantile Neurosis" (1954), Hartmann menciona los muchos factores que influyen "la forma y la intensidad de las relaciones de objeto en el desarrollo del yo". Sugiere, sin embargo, que existen "eslabones perdidos entre esos muy tempranos acontecimientos y lo que sabemos ahora acerca del significado etiológico de las fases posteriores". Creo que se refiere aquí a más o menos el mismo campo que discutía en mi trabajo del año 1964 en los términos siguientes (citado de un borrador prepublicado):

..... nuestra teoría aún no conceptualizó claramente el punto de encuentro y la sobreposición de la vivencia pregenital Y la neurosis infantil. Son ampliamente reconocidos, primeramente, la importancia de la vivencia temprana, y en segundo lugar, la adquisición *relativamente tardía de la angustia-señal* como motivo de defensa. Los muchos aspectos cruciales del desarrollo del período que interviene entre la diferenciación del self y de los objetos y la neurosis infantil clásica, quedan no obstante abiertos a interrogantes y diferentes opiniones."

Debería resultar inútil decir (pero lamentablemente no siempre es así) que tanto la teoría como la técnica del psicoanálisis clínico se basan en el concepto de conflicto intrapsíquico, que *constituye uno de los fundamentos de nuestra disciplina* desde la época en que Freud postuló por primera vez el proceso dinámico de la represión y la naturaleza dinámica, instintiva, de lo reprimido. En particular, el significado de la represión y defensas a ella relacionadas, encerrando y haciendo inaccesibles las fantasías, deseos y recuerdos

asociados, cuya emergencia directa produce una situación de peligro interno postula un campo de vida mental individual contenido en un sistema relativamente cerrado. Es ahora reconocido que la angustia-señal como motivo de represión y defensas a ella relacionadas, sólo puede desarrollarse cuando la estructura y función psíquicas han alcanzado un nivel en el que las señales internas de peligro pueden ser reconocidas. Por lo tanto, en el psicoanálisis clínico las manifestaciones mayores de la neurosis transferencial y del proceso analítico involucran el reconocimiento, tolerancia y dominio de la angustia manifiesta, movilizadas por las fantasías e impulsos que presentan peligros internos específicos. Esto sólo puede ocurrir si previamente las defensas neuróticas estables fueron gradualmente socavadas, vale decir, si se volvieron menos capaces de mantener un sistema relativamente cerrado.

El proceso analítico requiere, por lo tanto, la capacidad por parte del paciente de regresar a un grado suficiente como para permitir la reapertura de conflictos previamente encerrados por aquellas defensas que constituyen respuestas a una angustia secundaria o angustia-señal. Esta regresión involucra mayormente una disminución gradual de las defensas inconscientes automáticas del yo. Esto involucra la reemergencia significativa de un conflicto intrapsíquico temprano. Sin embargo, no afecta necesariamente la comprobación de la realidad ni resulta en la reemergencia de procesos psíquicos más primitivos que disminuyen la capacidad para relaciones de objeto sostenidas. En otras palabras, debe establecerse una distinción entre la regresión que involucra el yo defensivo y el contenido instintivo a él relacionado, y la regresión que socava capacidades básicas del yo. Un psicoanálisis exitoso requiere, en primer lugar, la capacidad de renunciar a las defensas neuróticas del yo con fines de maduración futura y, en segundo lugar suficiente dominio de los procesos de desarrollo referentes a las relaciones tempranas de objeto para hacer mínima la posibilidad de una grave regresión del yo. En resumen, la capacidad de diferenciar entre fantasía, transferencia y realidad, debe mantenerse. Una regresión que afecte las capacidades del yo en este último terreno, podría obliterar la capacidad de diferenciar una alianza terapéutica y una neurosis transferencial. Esto, en suma, debe considerarse como un rasgo indispensable del proceso analítico.

En varios artículos Hartmann expone, desde distintos puntos de vista, su concepto de autonomía secundaria del yo. Podría sugerirse que la autonomía

primaria se refiere a aquellas capacidades del yo que, en ausencia de una patología grave, se desarrollan espontáneamente sin involucrar necesariamente un dominio interno del conflicto. Ciertos atributos innatos desempeñan un papel considerable en la determinación de diferencias individuales relativas a tales capacidades, como la tolerancia a la dilación, angustia y frustración. La autonomía secundaria, tal como la angustia secundaria, la identificación secundaria, y/o el narcisismo secundario, implica contribuciones más individualizadas que determinen diferencias cualitativas. Si bien Hartmann sugiere que las características del yo definitivas que poseen autonomía secundaria son más estables que las defensas del yo, deja bien en claro, no obstante, que esas cualidades pueden estar sujetas a la regresión bajo determinadas circunstancias. Asimismo indica que esa regresión incluirá modificaciones conexas, con respecto a la energía instintiva disponible para las funciones del yo autónomas. En suma, la energía neutralizada será resexualizada o cargada de nuevo de agresividad, al ser menoscabada regresivamente la autonomía secundaria.

En el trabajo de Hartmann "The Mutual Influences in the Development of Ego and Id" (1952), se reconoce claramente la compleja relación entre estructura y función implícita en el concepto de autonomía secundaria. No sólo sugiere la necesidad de diferenciar entre tipos y grados de neutralización, sino que también relaciona el grado de autonomía secundaria a "la cualidad de resistencia de las funciones del yo a la regresión". "Distintas funciones del yo (dice Hartmann) pueden lograr distintos grados de independencia virtual con respecto a conflictos y a tendencias regresivas en distintos individuos." Nota además la relevancia de las estables relaciones de objeto con estos problemas cruciales, cuando dice que "el desarrollo de relaciones de objeto consistentes, por una parte facilita, pero por la otra también depende de la neutralización". Podríamos sugerir entonces que un enfoque de la teoría de la terapia, basado en el desarrollo, debe tomar inevitablemente en consideración el significado continuado de la capacidad para establecer relaciones de objeto constantes. Se conviene generalmente en que el análisis exitoso tiene como resultado el incremento de la capacidad para todo lo que se halla implicado en el concepto de neutralización. También se hizo cada vez más evidente que uno de los prerrequisitos más importantes

atañe a la preexistencia de cierto grado de autonomía secundaria que mitigue sustancialmente la regresión de funciones básicas del yo. Una teoría del proceso terapéutico amplia debe por lo tanto tomar en consideración todos aquellos factores que contribuyen a la autonomía secundaria por una parte y, por la otra, la facilitación concomitante de una regresión parcial que es parte integrante del desarrollo y de la resolución de la neurosis transferencial.

De acuerdo a lo que el título de mi trabajo sugiere, espero ilustrar determinados aspectos del proceso terapéutico por medio de un modelo en el que se vea la evolución del aparato psíquico. Dado que me estoy limitando principalmente a la discusión del psicoanálisis clínico, me referiré al análisis de aquellos pacientes cuyo desarrollo muy temprano fue lo suficientemente exitoso como para hacerlos potencialmente capaces de establecer y resolver una neurosis transferencial analizable. Será necesario al mismo tiempo indicar, con fines de contraste y comparación, las anormalidades de desarrollo que pueden presentar barreras significativas al desenvolvimiento de la situación analítica (alianza terapéutica) y a la emergencia y resolución de una neurosis transferencial genuina.

La figura 1 ilustra aquellos estadios del desarrollo más temprano que, según sugerimos, determinan sustancialmente el equipo psíquico básico, con el que el individuo niño, entra en el período de desarrollo infantil decisivo que sobreviene entre el logro de la diferenciación self-objeto y la resolución de la neurosis infantil. La línea inferior se refiere al tiempo. El eje vertical es más complejo. Partiendo de la izquierda hacia la derecha, la curva superior representa la relación de la energía no estructurada a la que se halla expuesto el aparato psíquico, con las capacidades estructurales disponibles para el control, modificación, rechazo o gratificación de los estímulos que provienen de fuentes internas y externas. La curva inferior (recíproca de la curva superior) representa la relación de las capacidades estructurales y de la energía no estructurada. Para los propósitos de esta discusión asumiremos que las capacidades estructurales son insignificantes al nacimiento. Esto está de conformidad con la definición que da Freud de la angustia primaria. El bebé reacciona mediante respuestas inmediatas e incontroladas ante todos los estímulos que perturban su equilibrio. Durante los primeros meses de vida, la maduración y la experiencia perceptiva conducen a un incremento gradual

relativo de las capacidades estructurales, las que constituyen aquella parte del yo definitivo al que Hartmann asigna autonomía primaria. Ellas incluyen la habilidad para dirigir la actividad instintiva hacia fuentes específicas de gratificación, para tolerar la dilación y, de manera progresiva, la capacidad para internalizar, vale decir, para recordar e integrar experiencias pasadas, de carácter placentero o doloroso.

Esta ilustración abarca hasta el momento de la vida (sujeto a variaciones individuales) en que el bebé se vuelve capaz de diferenciar el self y los objetos y establecer una relación de objeto estable con una persona, generalmente la madre. Este reconocimiento incluye implícitamente alguna integración de la madre que gratifica al alimentar, y su contraparte, la madre que rechaza y/o castiga. Constituye la premisa mayor de esta discusión que ciertas características de la estructura psíquica definitiva son influidas significativamente por la naturaleza y calidad de los estadios tempranos del desarrollo del yo que culminan durante el período de diferenciación self-objeto. Necesariamente el bebé habrá estado expuesto a experiencias positivas y negativas, es decir, a la gratificación y a la frustración. Propondremos que una diferenciación estable, satisfactoria del self y del objeto, depende de una experiencia más temprana, sin embargo, determinada (es decir, innata o experimental) la cual fue en conjunto cualitativamente positiva. Esto de ninguna manera presupone la ausencia de experiencias negativas; pero sí implica, sin embargo, que lo positivo debiera óptimamente tener más peso que lo negativo durante los primeros meses de vida. Sugiero que esto facilita una relación de objeto positiva e inicia una identificación del yo positiva, y que esto forma el núcleo alrededor del cual se desarrollan las funciones del yo poseedoras de autonomía secundaria.

Las cualidades más relevantes que conciernen la situación analítica, son:

- a) la capacidad de mantener una confianza básica en ausencia de gratificación inmediata;
- b) la capacidad de mantener la diferenciación self-objeto en ausencia de un objeto amado;
- c) la capacidad potencial para aceptar las limitaciones reales. Esto

corresponde a la vez a la falta personal de omnipotencia y, recíprocamente al reconocimiento de que el fracaso por parte del objeto en satisfacer deseos y demandas puede no derivar de una hostilidad o rechazo, sino de limitaciones paralela a la de la base, que aparece en la mitad inferior del modelo, representa el núcleo alrededor del cual se desarrolla el yo autónomo. Su paralela en la mitad superior indica a la vez la fuente temprana y el significado continuado de la energía instintiva primitiva que también contribuye al superyo y/o defensas inconscientes del yo. Estas dos líneas paralelas comprenden reales que deben aceptarse.

Por lo tanto, ese aspecto del equipo psíquico básico que formará en el transcurso de la vida el núcleo alrededor del cual se desarrollan las principales funciones del yo, en particular aquellas comprendidas en la definición de “autonomía secundaria”, aparece aquí ilustrado con referencia a la más baja de dos curvas recíprocas. El significado de la curva recíproca, es decir, la curva superior, es de una importancia por lo menos igual. El punto marcado “1” en esta ilustración, atañe en esencia a la naturaleza y cantidad de instinto primitivo inalterado que quedará mínimamente disponible para la neutralización, la sublimación o la descarga externa directa. En breves palabras, esa energía está destinada a una ulterior incorporación al superyo y/o defensas del yo inconscientes del individuo. Los precursores pregenitales del superyo, ampliamente reconocidos, aparecen por lo tanto aquí ilustrados, con particular referencia a la vez a la cualidad y a la cantidad de energía instintiva implicada no modificada. Aquí también debe tomarse en consideración la relativa preponderancia de experiencias positivas o negativas. Las diferencias individuales con respecto a las dotes innatas (a la vez instintivas y en el campo de las funciones yoicas independientes) y a la experiencia perceptiva real, pueden influir sustancialmente la calidad de la experiencia subjetiva del bebé. Cualquiera sea la razón, sin embargo, podemos afirmar con alguna convicción que cuanto mayor sea la experiencia positiva, más alto será el nivel del punto 2 (vale decir, el momento en que se logra la diferenciación self-objeto) y a la inversa, más bajo se hallará el punto 1 (vale decir, el monto de energía instintiva inalterada de la que el individuo estará dotado).

La figura 2 sigue el proceso del desarrollo tal como puede visualizarse con

respecto a una maduración óptima. La línea de así aquella parte del equipo psíquico básico que está menos sujeto a una modificación importante durante las etapas ulteriores de maduración. Los cambios progresivos se refieren a la adquisición de energía ego-sintónica adicional en ulteriores fases del desarrollo. Una regresión sustancial con respecto a estas dos líneas implica la disminución progresiva de la propia estima, una menoscabada capacidad para establecer relaciones de objeto y, por último, la pérdida de la diferenciación self-objeto con respecto a la línea paralela inferior. Esa regresión puede, en resumen, fácilmente compararse y correlacionarse con las numerosas referencias que hace Hartmann a la autonomía secundaria del yo menoscabada regresivamente. Una regresión concurrente con respecto a la línea superior incrementará, en primer lugar, la energía instintiva no modificada de la que dispone el superyo y que caracteriza a la mayoría de los estados depresivos. Mostrará más adelante el deterioro regresivo de las funciones del yo que *acompaña* la *pérdida* importante de la diferenciación self-objeto en las psicosis manifiestas.

Siguiendo a lo largo de las dos curvas recíprocas hasta el punto donde se encuentran, esta porción de modelo del desarrollo incluye el período de tiempo comprendido entre el logro de la diferenciación self-objeto y el momento en que el aparato psíquico se vuelve capaz, no sólo de iniciar, sino de mantener defensas intrapsíquicas estables con respecto a la angustia-señal. En el caso de desarrollo óptimo, podemos sugerir que el paso de la situación edípica coincide sustancialmente con el momento en que el aparato psíquico es estimulado hacia su objetivo en un grado considerable.

Existe durante ese periodo un incremento gradual de los atributos estructurales relativos al instinto primitivo no modificado. Si bien por razones de claridad las curvas aparecen progresando uniformemente, existen algunos factores complejos que requieren una ampliación explícita. Por ejemplo, durante aproximadamente los primeros tres años de vida, las relaciones objetales son predominantemente bipersonales. Si bien el niño sano es capaz de lograr buenas relaciones de objeto con más de una persona, las situaciones de rivalidad siguen siendo esencialmente preedípicas, vale *decir, en vista* de gratificación y/o dominio con respecto a una sola persona, a un tiempo. Además, un problema importante en la modificación del instinto primitivo durante ese tiempo, está relacionado con el dominio de la agresión y sus

derivados. El desarrollo más importante con respecto a las funciones del yo autónomas concierne así, en primer lugar, a la ulterior integración y seguridad con respecto a las identificaciones básicas; en segundo lugar, a una incrementada motivación hacia el conocimiento y dominio; y en tercer lugar, a un ulterior renunciamiento a las demandas de gratificación total.

El advenimiento de la situación edípica está solamente indicado aquí por el paso del tiempo. Está, sin embargo, marcada por cambios cualitativos de la naturaleza y monto de energía instintiva no modificada y de las capacidades del yo, en relaciones objetales más complejas, vale decir, relaciones objetales tripersonales. Por una parte, el período genital está marcado por un incremento decisivo de las energías instintivas no modificadas. Esto, sin embargo, se halla contrabalanceado en el niño potencialmente sano por las relaciones positivas uno-a-uno ya establecidas con respecto a ambos padres. La emergencia y resolución de la situación edípica involucra, en primer lugar, la capacidad para iniciar y mantener defensas intrapsíquicas estables con respecto a deseos instintivos extraños al yo y de contenido predominantemente edípico; en segundo lugar, la integración concurrente, dentro de la esfera del yo autónomo y del ideal del yo, de una identificación positiva con el padre del mismo sexo; en tercer lugar, el renunciamiento a objetivos sexualizados con respecto al padre del sexo opuesto y sin embargo, al mismo tiempo, al fortalecimiento de una relación objetal positiva de objetivo inhibido; en cuarto lugar, la neutralización, sublimación o desplazamiento de la agresión movilizada por la rivalidad con el padre del mismo sexo. La angustia, es decir, el temor, constituye un motivo importante de la iniciación de funciones defensivas del yo. Debe recalcar también, sin embargo, que no sólo el temor y el odio, sino también el amor y la confianza, conducen hacia todo lo que se halla involucrado en la resolución madura de este conflicto crucial.

Hemos sugerido que en el desarrollo normal el cruce de las dos curvas recíprocas coincide con la resolución del conflicto edípico. En ese momento, la energía instintiva primitiva, representada por la línea paralela superior, se vuelve consistente-mente disponible para el sistema defensivo inconsciente yo-SUperyo. En esta ilustración, sin embargo, se notará que la línea correspondiente al superyo no se halla muy por encima de aquella correspondiente al yo defensivo. El superyo definitivo de individuos sanos, dispone de relativamente poca energía instintiva no modificada.

El cruce de las dos curvas recíprocas ilustra así las siguientes proposiciones psicoanalíticas bien conocidas:

- a) La estrecha relación existente entre las defensas estables estimuladas por la angustia-señal y la resolución de la situación edípica.
- b) La clásica definición del superyo definitivo como heredero de la situación edípica (es decir, el aspecto punitivo del padre del mismo sexo percibido, es incorporado al superyo inconsciente).
- e) La amnesia relativa a los acontecimientos de la neurosis infantil que, una vez resuelta la situación edípica, son típicamente relegados a aquella zona de la vida psíquica definida por Freud como el inconsciente reprimido.

Hacia la derecha del cruce, la zona entre las dos curvas recíprocas comprende deseos, fantasías y recuerdos contenidos en un sistema relativamente cerrado, según se ha definido más arriba. La zona entre la curva inferior y la línea de base correspondiente al yo, incluye aquellas funciones del yo a las que Hartmann atribuye autonomía primaria y secundaria. La energía instintiva de la que dispone esta parte del yo, cualquiera sea el grado en que sea consciente, opera en un sistema esencialmente abierto. Incluidos aquí tenemos la energía instintiva neutralizada (sexual y agresiva); la energía instintiva modificada por el desplazamiento o la sublimación; y, finalmente, una cantidad de energía instintiva primitiva que permaneció siendo esencialmente ego sintónica. En resumen, el desarrollo normal requiere no sólo la capacidad para formar defensas del yo estables, sino también la modificación y la utilización satisfactoria de las energías instintivas para propósitos de adaptación. Podemos sugerir, asimismo que la autonomía secundaria, tal como aquí se la describe, incluye la capacidad de reconocer y tolerar afectos, en particular la angustia y la depresión, y la capacidad inherente de permitir cierta regresión, vale decir, una reapertura parcial del sistema relativamente cerrado, sin daño sustancial al yo autónomo como hecho concomitante. Esta regresión, como es sabido, no sólo incluye la formación de síntomas neuróticos, sueños y fantasías, sino también una regresión al servicio del yo, como lo define Kris (1935).

Debe notarse también que los componentes regresivos de los cambios

importantes de la maduración (dentro de los que podemos incluir el psicoanálisis), pueden ser diferenciados en la parte de este modelo que se halle afectada. La regresión instintiva resultante del incremento de la energía instintiva no modificada dentro del sistema relativamente cerrado, llevará a un movimiento simultáneo de las dos curvas recíprocas hacia la izquierda. Este movimiento involucra, en primer lugar, la movilización de la angustia y, en segundo lugar, una reapertura parcial en cuanto la energía instintiva en cuestión, exceda la capacidad defensiva específica del yo para contenerla. Esta regresión es, sin embargo, compatible con el mantenimiento de una autonomía secundaria considerable, siempre y cuando la línea de base inferior no caiga significativamente. Pero cuando esto ocurra, la regresión no sólo habrá socavado las defensas del yo, sino que también habrá dañado las funciones básicas del yo. Mientras que la regresión instintiva puede considerarse en esta forma como potencialmente adaptable, la regresión del yo implica generalmente cambios más ominosos.

Este modelo, que ilustra un desarrollo óptimo, es naturalmente hipotético. Puede, sin embargo, también servir para introducir los principales objetivos del psicoanálisis terapéutico que podrían considerarse como una reavivación y repetición (parciales, pero modificados en vista de una adaptación) de los principales aspectos del proceso de desarrollo original. Por lo tanto, antes de exponer con mayores detalles la teoría de la terapia, indicaré brevemente algunas variaciones posibles con respecto a la modalidad de desarrollo que puede conducir a una sintomatología patológica de la estructura del carácter en la vida adulta.

La ilustración siguiente (fig. 3), por ejemplo, se refiere a las variaciones del desarrollo que pueden llevar a una neurosis transferencial clásica con sintomatología histérica.

En este modelo, el desarrollo del equipo psíquico básico fue en conjunto satisfactorio. En otras palabras, la posición de las dos líneas paralelas, no difiere de manera significativa de aquella que mostrábamos con respecto a un desarrollo hipotéticamente sano. La variación se refiere a la proporción de convergencia y cruce de las dos curvas recíprocas. La predisposición a la histeria involucra el establecimiento de defensas intrapsíquicas poderosas durante el apogeo del conflicto edípico. Esto es ilustrado por el más temprano

cruce de las dos curvas recíprocas. Este cierre prematuro implica que uno o más de los objetivos involucrados en una óptima resolución de la situación edípica no fueron alcanzados. En breves palabras, las fantasías edípicas fueron así sujetas a la represión y defensas conexas, más de lo que fueron dominadas, modificadas o genuinamente renunciadas. Como resultado de ello, la zona comprendida entre el sistema relativamente cerrado es proporcionalmente mayor. Esto implica inevitablemente que una zona menor queda asignada al sistema abierto que fue relacionado a la autonomía secundaria.

En esta forma, una menor cantidad de energía (neutralizada y no-neutralizada) queda disponible para el yo autónomo. Esto también puede implicar una integración menos estable de la identificación positiva del yo con el padre del mismo sexo.

En el caso del futuro neurótico obsesivo que pertenece al grupo de las neurosis transferenciales, el modelo hipotético sería muy similar. La convergencia y cruce de las dos curvas recíprocas serían, sin embargo, aun más prematuras ocurriendo durante las relaciones uno-a-uno que caracterizan los tres primeros años de vida. Este cruce prematuro implica también en este caso un área mayor dentro del sistema relativamente cerrado. El tiempo del cierre, además, también indica la iniciación y mantenimiento de las principales defensas del yo contra la agresión en su apogeo (durante el período anal sádico). Mientras que algunas de las defensas en cuestión son consistentes y necesarias para un desarrollo sano, no alcanzan una posición dominante en la estructura psíquica definitiva de individuos sanos. Estos modelos no deben de ninguna manera considerarse como mutuamente exclusivos, sino más bien como ilustrativos de tendencias dominantes.

La psicopatología de las neurosis concierne así primariamente al período de desarrollo psíquico que sigue a la diferenciación self-objeto. Esta psicopatología, sin embargo, puede presentarse en individuos cuyo dominio de las tareas del desarrollo está sujeto a amplias variaciones. No obstante, en los individuos para quienes el psicoanálisis es decididamente el tratamiento de elección, el equipo básico se halla generalmente dentro de los límites normales. La autonomía secundaria, si bien puede estar restringida como

resultado de un desarrollo precoz similar al que mostramos en el caso de las obsesiones, es sin embargo relativamente estable y, por lo tanto, no prontamente sujeta a un daño regresivo. En tales casos, el objetivo del psicoanálisis terapéutico se dirige primariamente a la modificación de la posición de las dos curvas recíprocas. En breves palabras, como resultado de un análisis exitoso, la figura 3 representa el estado de cosas al principio del tratamiento. El proceso analítico, en cuanto concierne a innumerables reaperturas parciales de la zona relativamente cerrada, facilita la resolución más adaptable del conflicto intrapsíquico. Al finalizar el análisis, por lo tanto, deberíamos acercarnos al modelo que ilustra el desarrollo sano.

Debe recordarse, sin embargo, que aun los individuos cuyo equipo básico es esencialmente sólido quedan sujetos a un daño regresivo de la autonomía secundaria en situaciones de tensión específicas. Esta regresión en la situación analítica debe ser diferenciada de la regresión instintiva que constituye un concomitante generalmente aceptado del análisis de la transferencia. El significado del equipo psíquico básico con respecto a la situación analítica está indicado en las ilustraciones siguientes, que se refieren a desviaciones más serias de la norma hipotética.

La figura 4 ilustra, quizás en forma algo exagerada, un modelo de desarrollo que puede ser compatible con la así llamada normalidad por largos períodos de tiempo. El desarrollo precoz de las defensas del yo está indicado por una proporción de convergencia que da por resultado un cruce muy precoz. Las defensas principales comprenderán en esta forma, verosímilmente, las formaciones reactivas, la intelectualización y el aislamiento. Este desarrollo, sin embargo, está aquí asociado a un equipo psíquico básico que no se halla dentro de los límites normales. La diferenciación self-objeto ocurrió dentro de un marco que limitaba la integración de una identificación positiva del yo. La confianza básica no es segura y es, por lo tanto, vulnerable al daño narcisístico. La altura recíproca de la línea horizontal superior indica la mayor cantidad de energía instintiva no modificada dentro del sistema superyo-yo defensivo. Puede notarse, asimismo, que la mayor distancia entre la zona del superyo y yo defensivo, es compatible con el superyo riguroso y exigente, típicos de algunos caracteres obsesivos.

Las dos curvas recíprocas, relativamente empinadas, están de

conformidad con la rápida regresión que puede ocurrir durante la descompensación de los caracteres obsesivos. La vulnerabilidad del yo autónomo y la severidad conexas del superyo, ilustra la predisposición a la enfermedad depresiva largamente asociada con la estructura de carácter obsesivo. En tales individuos la autonomía secundaria no sólo se halla restringida en varias zonas; también es más rápidamente vulnerable al cambio regresivo cuando las defensas del yo se vuelven precarias. El fracaso asociado en la confianza básica no sólo afectó el proceso del desarrollo original, sino que también presenta serios problemas en el establecimiento de una alianza terapéutica. La falta de una identificación del yo positivo (positive ego) segura, la iniciación precoz de defensas del yo estables y un superyo exigente, fomentan la intolerancia con respecto a la pasividad y la consiguiente importancia acordada al dominio y al logro. Los individuos cuyo modelo de desarrollo se acerca a esta ilustración, presentan a menudo una engañosa fachada de normalidad y salud.

El último dibujo (fig. 5) ilustra un desarrollo posible que predispone a tipos de regresión más graves. Puede ser contrastado y comparado con la ilustración que le precede. En ambos dibujos el equipo psíquico básico no tuvo por resultado una diferenciación self-objeto estable o una relación de objeto positiva y segura. La identificación, asociada con la iniciación de la autonomía secundaria del yo, es en ambos significativamente vulnerable al daño narcisístico y al menoscabo regresivo. El carácter obsesivo, no obstante, fue estimulado hacia un desarrollo precoz del yo, conduciendo a un cierre prematuro y a un sistema cerrado relativamente preponderante. Esto está de conformidad con las fuertes defensas del yo que muchos de estos pacientes presentan contra la regresión al servicio del yo. En contraste, el desarrollo de la estructura en esta última ilustración fue tan inadecuada durante los últimos estadios del desarrollo infantil, que la capacidad de respuesta a la angustia-señal dentro de un sistema relativamente cerrado es casi no-existente. La energía instintiva no-neutralizada, por lo tanto, choca estrechamente en todo momento contra un yo que logró un mínimo grado de autonomía secundaria. Esto indica vulnerabilidad a regresar a un nivel en el que la capacidad para diferenciar entre fantasía y realidad puede escasamente mantenerse.

Ambas figuras ilustran el fracaso del desarrollo que puede, en

determinados pacientes, contraindicar el psicoanálisis como tratamiento de elección. En un carácter obsesivo con equipo básico pobre, puede resultar imposible alcanzar una alianza terapéutica lo bastante segura como para facilitar la anulación de las defensas del yo establecidas y mantenidas con excesiva catexia. Tales pacientes, aun cuando logren pasar por las formas de la labor analítica, pueden estar demasiado fuertemente defendidos como para permitir la emergencia de una neurosis transferencial analizable. En el caso fronterizo (o potencialmente psicótico) ilustrado en el último dibujo (en contraste), el relativo fracaso del cierre puede ser compatible con la presencia de una sintomatología de contenido edípico manifiesto y una fachada engañosamente histérica. Además, la rapidez con la que estos pacientes desarrollan intensos sentimientos transferenciales, puede efectivamente encubrir el fracaso del desarrollo más básico que menoscaba su capacidad para una alianza terapéutica. Algunos pacientes, cuyo diagnóstico era la histeria clásica, resultaron hallarse comprendidos dentro de este modelo de desarrollo a medida que prosiguió el tratamiento. Muchos de ellos son incapaces de mantener una alianza terapéutica lo suficientemente estable como para tolerar la interpretación de la neurosis transferencial. La apropiada terapia para estos pacientes que no son adaptables al psicoanálisis, no es pertinente a esta exposición. No obstante, los problemas que presentan son sin embargo familiares bajo formas menos severas durante el transcurso del análisis de todo paciente. Debemos, por lo tanto, reconocer que aun los pacientes más analizables presentarán algunas defensas y algunas vulnerabilidades del desarrollo, similares a las que mostramos en trastornos más graves. Un equipo básico sano jamás está absolutamente protegido contra una regresión parcial del yo que conduce a la disminución de la propia estima y/o a un pasajero menoscabo de la apreciación de la realidad. Si bien esa amenazada regresión del yo autónomo puede expresarse en términos de angustias actuales, deriva sin embargo de fuentes muy primitivas.

Estas fuentes primitivas corresponden directamente a aquellos problemas pertinentes a la asociación entre relaciones de objeto e identificación del yo con la que inicio este trabajo. Se supone con demasiada frecuencia que las referencias a la fuente primitiva de la relación doctor-paciente en psicoanálisis, implica que la situación analítica representa una repetición de la temprana relación madre-hijo. Estos supuestos estimularon fuertes objeciones por parte

de los que, siguiendo a Sterba (1934) y Bibring (1953), recalcan los rasgos maduros de aquella parte del yo del paciente que se alía con el analista. Debe distinguirse, sin embargo, entre la comprensión teórica de un origen en el desarrollo y la técnica apropiada en la situación analítica. Esta distinción está de conformidad con el explícito énfasis con que Hartmann señala la necesidad de ampliar nuestra comprensión de los aspectos del desarrollo de las distintas funciones del yo.

En la forma más breve posible, propondría que el tratamiento psicoanalítico puede compararse con el modelo aquí ilustrado de desarrollo, progresando hacia adelante, con algunas modificaciones. Las etapas iniciales del análisis corresponden al establecimiento de una alianza terapéutica. Rara vez ocurre que las primeras horas analíticas dejen de despertar alguna angustia primitiva objetiva que puede diferenciarse del contenido específico de la neurosis transferencial. El grado y calidad de esa angustia están sujetos a variaciones individuales considerables. La experiencia de toda la vida del paciente, incluyendo los acontecimientos que precedieron el comienzo del análisis, desempeñará obviamente un papel importante. En esencia, sin embargo, la fase inicial involucra el logro de una relación de objeto nueva y especial en una situación bipersonal. Eso inicia una nueva identificación del yo que, proponemos, determina la naturaleza, cualidad y estabilidad de la alianza terapéutica, que puede así definirse como una relación de objeto y una identificación del yo.

Sugerí, como premisa mayor de esta discusión, que la relación de objeto primera y de mayor significado conducente a una identificación del yo, ocurre en la temprana relación madre-hijo. La naturaleza y calidad de este logro temprano fue correlacionado con la iniciación de la autonomía del yo secundario. Esto, como lo muestra el modelo, debe considerarse como el núcleo de aquella parte del equipo básico del yo que conserva mayor consistencia a lo largo de la vida del individuo. Los rasgos especiales de la situación analítica como relación de uno-a-uno, inevitablemente acercan las fuerzas y revelan las debilidades que integraban el logro inicial. La importancia de las relaciones objetales con relación a ciertos atributos del yo, no atañe tan sólo a su iniciación; es igualmente necesaria para su mantenimiento, en particular en relaciones tensas de uno-a-uno.

De especial interés para este tema es el trabajo de Kris y de aquellos (como Ritvo y Solnit, 1958) que siguieron sus fecundas sugerencias acerca de la influencia de la adaptación espontánea de la madre a las potencialidades innatas de su hijo, sobre la naturaleza y estabilidad de las identificaciones tempranas del yo. En la medida en que la madre responda intuitivamente y sin ambivalencia sería durante el período que precede a la diferenciación self-objeto, el niño internalizará e integrará una identificación del yo esencialmente positiva. Sugiero que esta integración señala la iniciación de aquellas capacidades del yo que poseen autonomía secundaria. Las tareas del desarrollo, involucradas también, corresponden estrechamente al concepto de Melanie Klein del dominio de la posición depresiva. Dado que ninguna madre es perfecta, sin embargo, y dado que, además, innumerables variables están involucradas en el curso de la vida psíquica individual, las cualidades básicas del yo así iniciadas deben repetidamente reintegrarse por la vía de viejas o nuevas relaciones objetales, cuando están amenazadas por la tensión o la regresión. Esta reintegración, en especial en las fases iniciales del análisis, no sólo restablece pasados logros, sino que también inicia el ulterior crecimiento del yo que conducirá a una maduración incrementada y mayor autonomía secundaria como resultado de un psicoanálisis exitoso.

Kris relacionó la identificación temprana del yo a la adaptación de la madre a las potencialidades del niño en el período que precede a la diferenciación self-objeto. La posición del analista en las fases iniciales del tratamiento puede aquí compararse y contrastarse. No sugiero que el paciente analítico se parece a un recién nacido, ni que el rol del analista sea explícitamente maternal. Propongo, sin embargo, que la situación analítica exige desde el principio la movilización máxima de aquellos atributos del yo que en su mayor parte permanecen dependiendo del logro obtenido en una etapa relativamente temprana del desarrollo psíquico. Esta movilización será fomentada por las respuestas adaptativas intuitivas por parte del analista, que bien pueden compararse con las de un padre que tiene buen éxito con su hijo. El analista, sin embargo, no responde en las fases iniciales a aquellas potencialidades innatas que estaban presentes antes de que fuera lograda la diferenciación self-objeto. Más bien responde a angustias despertadas en una situación que

parece amenazar logros previos más o menos estables. Si bien la regresión es inevitablemente concomitante al proceso analítico, el paciente debe retener y reforzar su capacidad para la confianza básica y la identificación positiva del yo. Este es un prerrequisito esencial del proceso analítico que depende de la regresión potencialmente al servicio del yo. En los términos más breves posibles, el analista en las etapas iniciales del tratamiento ayuda al paciente a integrar dentro de la relación analítica capacidades del yo que anteriormente fueron exitosas en áreas fuera de la esfera del conflicto neurótico; vale decir, las funciones del yo "libres de conflicto" (Hartmann) y/o autónomas que utilizan energía instintiva modificada. Puede añadirse que la decisión de recomendar el análisis personal a pacientes individuales, depende sustancialmente de una prueba evidente durante la evaluación inicial de que dichos recursos del yo son potencialmente disponibles.

Este rasgo de la situación analítica fue notado a menudo con respecto a las etapas iniciales y terminales del análisis. Débese recalcar, sin embargo, que ningún paciente será capaz de tolerar la tensión adicional producida por la emergencia de la neurosis transferencial, a no ser que la alianza terapéutica sea no sólo establecida, sino mantenida en todo momento. Podemos ver aquí otra analogía con el proceso de desarrollo original. Parafraseando, diré, que sólo el bebé que haya establecido una identificación del yo positiva puede mantener relaciones objetales positivas e identificaciones del yo agregadas durante las vicisitudes de los últimos períodos del desarrollo infantil que culminan en la situación edípica triangular. Síntomas neuróticos de rasgos del carácter derivarán mayormente en esos casos, de las defensas intrapsíquicas movilizadas por la angustia como señal de peligro interno. Este desarrollo neurótico ya fue ilustrado. La zona del análisis de la transferencia en estos casos involucra la reapertura de conflictos previamente encerrados, por las defensas neuróticas excesivas o inadecuadas, con el objetivo de lograr una resolución más adaptable. Esto, sin embargo, depende del mantenimiento e integración progresiva de relaciones objetales seguras, vale decir, la alianza terapéutica.

El analista debe, por supuesto, permanecer objetivo y desapasionado durante la interpretación de las fantasías y deseos derivados del pasado reprimido y olvidado. En este papel se parece al padre que puede reconocer, sin gratificarlas, las fantasías edípicas del niño durante la neurosis infantil.

Debe al propio tiempo aliarse al paciente, permaneciendo como objeto para identificación del yo positivo continuada. Su papel es, en esta forma, de ninguna manera confinado a la interpretación de la neurosis transferencial. Posee especial importancia en este contexto el reconocimiento mutuo, consistente de que la aceptación pasiva de lo inevitable tiene exactamente la misma importancia básica para la madurez psíquica, que las respuestas activas y el dominio adaptable en zonas disponibles de gratificación y logro.

En esencia el proceso analítico involucra el reavivamiento en el nuevo marco de la situación analítica, de lo que fuera previamente vivenciado durante el período de diferenciación self-objeto y el cruce en la infancia de las dos curvas recíprocas. Esta formulación implica que la experiencia precedente (es decir, anterior a la diferenciación self-objeto) a pesar de tener la mayor importancia con respecto a atributos cruciales del yo, no está por lo general sujeta a una modificación sustancial durante un psicoanálisis tradicional. Estos atributos del yo no pueden, sin embargo, darse por sentados. Deben ser mantenidos y fortalecidos a medida que se desenvuelve el análisis. El analista debe, por lo tanto, en todo momento responder a efectos que indica la necesidad del paciente de sentirse respetado y reconocido como personal real. Sin embargo, a medida que se desarrolla la neurosis transferencial, una regresión importante con respecto a las dos curvas recíprocas constituye un concomitante esencial. Al ocurrir esto, el analista se vuelve cada vez más significativo como objeto desplazado con respecto al conflicto inconsciente infantil no resuelto. Un análisis exitoso requiere en estas condiciones un doble en foque del proceso terapéutico. Esto hace resaltar la relación estrecha y las diferencias cruciales entre la neurosis transferencial, sujeta a una infinita mutabilidad, y la alianza terapéutica que, en tanto es una relación real, requiere un núcleo estable, consistente. Este enfoque doble, implica una diferenciación en lo que concierne al desarrollo, entre el yo defensivo que debe regresar y el yo autónomo que debe retener la capacidad de mantener relaciones objetales consistentes.

También debe reconocerse, sin embargo, que las más tempranas identificaciones del yo, a pesar de su extrema importancia, inician antes bien que determinan en alguna forma todo lo que se halla incluido en el yo autónomo y el concepto del self. Ulteriores etapas del desarrollo infantil ejercen así su influencia positiva y negativa sobre la disponibilidad de los logros muy

tempranos. Si bien el éxito sustancial temprano debe ser considerado como relativamente irreversible, las identificaciones están sujetas a varias vicisitudes en el transcurso del desarrollo y resolución de la neurosis infantil. Dichas identificaciones pueden destinarse a una ulterior incorporación al yo autónomo, el yo defensivo, y/o el superyo y yo ideal. Su ubicación definitiva influye así no sólo el sentido de identidad personal, sino también las zonas de actividad instintiva prohibida y permitida, sexualizada o no-sexualizada. El proceso analítico no sólo debería alterar la percepción de peligro interno, sino también originar una modificación progresiva de aquellas identificaciones del yo y del superyo que previamente estimularon las defensas del yo neuróticas. Al ocurrir esto tienen lugar cambios concomitantes en el contenido del material transferencial y en la calidad y estabilidad de la alianza terapéutica.

Estos cambios, en el transcurso de un análisis exitoso de la transferencia, determinan diferencias importantes entre las fases iniciales y las fases terminales del tratamiento. Las similitudes en la reaparición de las fantasías primitivas y la angustia de la separación, son demasiado bien conocidas como para requerir un comentario detallado. Su aparición hace resaltar los concomitantes regresivos de toda crisis de maduración. Mientras que, no obstante, las fases iniciales sirven para iniciar los componentes pasivos de un proceso de desarrollo prolongado, la terminación representa un movimiento hacia una importante autonomía y hacia la independencia. El grado de pasividad y dependencia que requiere el proceso analítico, representa un deseo creciente ajeno al yo a medida que se acerca la terminación. Si bien el analista debe interpretar los deseos de dependencia primitivos cuando éstos vuelven a presentarse, ya no se halla en una posición comparable a la de los padres respondiendo al proceso de desarrollo temprano. El paciente debe ahora lograr una aceptación madura de las limitaciones reales, consistente con una motivación activa hacia la autonomía e independencia. El analista, como objeto para una identificación del yo positiva continuada, debe ser retenido dentro del área de las funciones autónomas del yo. También debe permanecer siendo un objeto potencialmente disponible en caso de necesidad futura. En breves palabras, ningún paciente alcanza una terminación exitosa del análisis a menos que reconozca que no es tan invulnerable como para no volver a él en búsqueda de consejo o ayuda si surgiera la necesidad.

La terminación del psicoanálisis implica, por lo tanto, una madura aceptación de las limitaciones con respecto a: en primer lugar, al análisis y al analista; en segundo lugar, las capacidades óptimas del paciente para futuros logros; y finalmente, el grado de gratificación que pueda anticiparse de la propia realidad. Es difícil que no sorprenda que esta complicada tarea involucre angustia, depresión y deseos regresivos. El analista se halla ahora, sin embargo, en una posición comparable a la de los padres que aceptan y alientan la creciente independencia del hijo. La terminación del análisis no está en esta forma tan solo confinada al recierre ya indicado. Involucra asimismo la interpretación e integración de aquellos componentes pasivos de la alianza terapéutica que facilitan la futura regresión al servicio del yo. La terminación se parece así a un duelo logrado en tanto se renuncia en conjunto al analista como sustituto parental protector continuado. Esta renuncia verdadera moviliza un afecto que contiene componentes de angustia y depresión. Su dominio exitoso, sin embargo, incrementará sustancialmente la futura autonomía y libertad.

Para resumir, reiteraré mis anteriores manifestaciones en lo que atañe al significado del conflicto intrapsíquico y su resolución con respecto a la teoría del proceso psicoanalítico. El tratamiento psicoanalítico presenta muchas analogías con el proceso de desarrollo temprano, que pueden resumirse muy brevemente. En primer lugar, un desarrollo satisfactorio en las últimas fases de la infancia, depende del temprano establecimiento de buenas relaciones objetales que puedan seguir manteniéndose. Paralelamente, la emergencia y resolución lograda de la neurosis transferencial en el psicoanálisis clínico, depende del establecimiento y mantenimiento de la alianza terapéutica en todo momento. Además, las cualidades del analista que mejor alientan la alianza terapéutica, corresponden de varias maneras a aquellas respuestas intuitivas de la madre que favorecen en el bebé un satisfactorio desarrollo temprano del yo. En segundo lugar, el desarrollo psíquico implica en todas las etapas manifestaciones progresivas tanto como regresivas. La regresión es, por lo tanto, un concomitante inevitable del movimiento progresivo. Esta regresión sólo puede conducir al dominio y a la adaptación adicional si se mantienen las funciones básicas del yo. Esto se aplica a la neurosis infantil, a la adolescencia y a otras crisis de desarrollo. Es de central importancia para las implicaciones

concernientes al desarrollo, de la regresión controlada durante el proceso analítico.

En último lugar, exactamente del mismo modo que un desarrollo sano durante la infancia y la adolescencia conduce a la independencia, madurez y autonomía significativa en el adulto joven, igualmente la terminación satisfactoria de un análisis exitoso también implica la autonomía e independencia. Ambas requieren un proceso de separación que incluye componentes de pena y duelo, conduciendo a la reintegración de identificaciones yoicas logradas y estables. Ni la madurez ni el análisis exitoso deben, sin embargo, considerarse como logros absolutos. La capacidad crucial para ambos, incluye la aceptación de las limitaciones reales, el renunciamiento a las fantasías omnipotentes y la habilidad de buscar ayuda o protección cuando sea necesario. En este sentido, ningún psicoanálisis debiera considerarse como definitivamente terminado, por más logrado que fuera su resultado.

Traté en este trabajo de combinar un interés de larga data por el afecto y su tolerancia (1949, 1965) con una teoría implícita acerca de las relaciones de objeto la que, creo, puede facilitar la diferenciación, en cuanto al desarrollo, entre determinadas funciones del yo. Traté en esta forma de reducir la brecha entre el concepto de Hartmann acerca de la autonomía secundaria del yo y las teorías que enfatizan las relaciones de objeto tempranas mediante un modelo del desarrollo que atribuyen funciones yoicas mayores en su iniciación en la temprana relación madre-hijo. Traté asimismo de indicar en este modelo la distinción dentro de la situación analítica entre distintas formas de regresión en términos del origen (dentro del desarrollo) de las funciones del yo involucradas. Para concluir citaré a Hartmann:

“No creo que la necesidad no sólo de enriquecer nuestra experiencia clínica, sino también de desarrollar el conjunto de hipótesis que usamos en ella, sea menos obvia hoy día que lo que era en los tiempos de Freud”.

REFERENCIAS

- BIBRING, E. (1953).— “The mechanism of depression’ (El mecanismo de la depresión). En: “Affective Disorders”. Ed. Greenacre. (New York: Univ. Press.)
- HARTMANN, H. (1939).— “Ego Psychology and the Problem of Adaptation’ (La Psicología del Yo y el Problema de la Adaptación). (New York: Int. Univ. Press, 1958.)
- (1951).— “Technical implications of ego psychology” Implicaciones técnicas de la psicología del yo). En: “Essays on Ego Psychology’. (New York: Int. Univ. Press, 1964.)
- . (1952).— “The mutual influences in the development of’ ego and id’ (Influencias mutuas del yo y del ello). (Ibid.)
- (1954).— “Problems of infantile neurosis’ (Problemas de la neurosis infantil). (Ibid.)
- KRIS, E. (1935).— “The psychology of caricature” (La psicología de la caricatura). En: “Psychoanalytic Explorations in Art”. (New York: Int. Univ. Press 1952)
-)
- RITVO, S. and SOLNIT, A. (1958).— Influences of early mother-child interaction on identification processes (Influencia de la temprana interacción madre-hijo en los procesos de identificación). “Psychoanal. Study Child”, 13.
- STERBA, R. (1934).— The fate of the ego in analytic therapy (El destino del yo en la terapia analítica). “Int. J. Psycho-Anal.”, 15.
- ZETZEL, E. (1949).— Anxiety and the capacity to bear it (La angustia y la capacidad para sobrellevarla). “Int. J. Psycho-Anal.”, 30.

- (1956 a).— An approach to the relation between concept and content in psychoanalytic theory (Un enfoque de la relación entre concepto y contenido en la teoría psicoanalítica). “Psychoanal. Study Child”, 11.
- (1956.b).— Current concepts of transference (Conceptos actuales acerca de la transferencia). “Int. J. Psycho-Anal.”. 37.
- (1964).— Symptom formation and character formation: contribution to discussion (Formación de síntomas y formación del carácter: contribución a una discusión). “Int. J. Psycho-Anal.”, 45.
- (1965).— “Depression and the incapacity to bear it” (La depresión y la incapacidad para sobrellevarla). En: “Drives, Affects, Behavior”, Vol. 2, Ed. Schur. (New York: Int. Univ. Press.)

Traducido por **Paulette Michon de Driscoll**.